

IX
ORDEN Y PROBIDAD

«POCA POLITICA Y MUCHA ADMINISTRACION.»

La honradez del Señor General Díaz es cosa que ni aun sus enemigos han intentado discutir jamás, convencidos de que este punto de la coraza es tan terso, limpio y fuerte, que resiste á todo ataque, por rudo que sea.

Pero es creencia muy generalizada no sólo del vulgo, sino también de muchas gentes que saben al dedillo la historia de los grandes extranjeros é ignoran la de los mexicanos ilustres, que el estadista más notable que ha habido en nuestra patria, el único gobernante genial que hemos tenido, comenzó á serlo en la madurez de la vida, cuando dejó en reposo la espada y trocó el arnés guerrero, nimbado de gloria, por la sencilla banda tricolor del primer Magistrado de la República. Forman legión los que creen de buena fe que el genio administrativo del General Díaz, se reveló y empezó á manifestarse por tanteos afortunados, hará apenas treinta años. ¡Qué error y qué puerilidad!

Los que tal creen ignoran que la naturaleza no salta, y confunden con las vacilaciones de un principiante, las inmensas dificultades con que en sus comienzos debían tropezar y tropezaron efectivamente, la regeneración del país y la creación—esta es la palabra—de sus principales fuentes de riqueza. Tan grandes eran esas dificultades, que hasta entonces nadie había logrado allanarlas, por más que se hubieran enfrentado con ellas inteligencias próceres y hombres de ciencia probada. Desgraciadamente, de los que hasta entonces habían acometido la empresa en vano, el que sabía pensar no sabía querer, y el que tenía saber y voluntad, carecía de honradez; y no faltó audaz que careciendo de todo junto, se jactase de vencer.

¿De qué fuerza omnipotente dispuso, pues, el General Díaz para

realizar el prodigio y hacer lo que se creía imposible? Dispuso, sencillamente, de la fuerza incontrastable del carácter, entre cuyos fundamentos esenciales figuran la probidad y el espíritu de orden.

Antes de ser soldado, era ya administrador y organizador el entonces pasante de Derecho, Porfirio Díaz; lo cual no es poco decir. Apenas contaba veinticinco años, allá por el 55, cuando el General García, Gobernador de Oaxaca, le nombró subprefecto de Ixtlán. Pues bien; poco después comenzaba á llamar la atención del Gobierno aquel empleado oscuro é insignificante, porque rendía cuentas detalladas de la recaudación de los impuestos que—otra cosa inaudita—aumentaban en vez de disminuir, según era costumbre cuando había subprefectos recién nombrados; por añadidura daba cuenta de mejoras y economías, como de Ixtlán y para Ixtlán, pero que no por eso dejaban de serlo; y para colmo, iniciaba medidas de orden y de organización.

Había en verdad de qué admirarse, porque si en aquella época el gobierno nacional era el símbolo del desorden y de la concusión, el de las subprefecturas era, en pocas palabras, la negación de todo gobierno, y los subprefectos iban á sabiendas á cometer todo género de abusos y á convertir en provecho personal las rentas públicas, sin más obligación que la de ser fieles al último pronunciado á quien debían la encomienda.

Y he aquí que aparece un jovenzuelo á quien se le daba esa breva y que lejos de gozarla discretamente, ni robaba ni cometía atropellos; al contrario, tenía la increíble probidad de poner á disposición del Gobierno ciertos fondos que había ocupado militarmente; renunciaba el haber que le correspondía como capitán de la Guardia Nacional, porque «no creía lícito cobrarlo al mismo tiempo que el sueldo de subprefecto;» y declaraba que mientras enseñaba á leer, á contar, á documentar y á conocer sus deberes militares á los individuos que figuraban como oficiales de la fuerza de su mando, no les pagaría sino haberes de simples soldados puesto que no valían más que éstos; por otra parte, abonaba al fondo del gasto común el costo del rancho, haciendo constar que lo habían dado voluntariamente los vecinos; y por encima de todo esto, se permitía preferir á los soldados rasos en materia de pagos, por la razón, incomprensible en aquel tiempo de los privilegios, de que sentían hambre lo mismo que los jefes.

¡Cuán grave escándalo debió causar todo esto en aquel mundo

oficinesco y militar, profundamente corrompido por las tradiciones coloniales y por el desorden de los primeros años de independencia!

* * *

Sigamos en sus ensayos gubernativos al hombre destinado á regenerar á la patria por la buena administración. Veámosle en Tehuantepec, entregado por la fuerza de la distancia y de los acontecimientos, á su propia iniciativa y á su sola dirección; allí, ni el Gobierno del Estado, menos aun el federal, pudieron influir en sus actos, ni sugerirle ideas, ni darle auxilio, siquiera moral, durante dos años largos; al contrario, solían ponerle trabas. El único estímulo que hasta entonces había recibido por su honradez administrativa, había sido un abrazo de felicitación de Don Benito Juárez, al regresar de Ixtlán, y la concesión, muy significativa, de que no diese fianza para encargarse del gobierno de Tehuantepec. Con su delicadeza habitual, Porfirio propuso que no teniendo él recursos para caucionar su manejo, se encomendase la administración de las rentas á persona que pudiera dar la fianza reglamentaria; pero Don Benito declaró que no era necesaria tal formalidad, tratándose de quien tan ejemplarmente se había conducido en Ixtlán.

De derecho, Porfirio Díaz fue en Tehuantepec Gobernador y Comandante Militar; de hecho, lo fue todo: gobernaba, combatía, administraba justicia, conquistaba y conciliaba ánimos, emprendía y dirigía obras de utilidad pública, recaudaba y distribuía la renta: lo hacía todo.

Cierto es que contaba cuatro años más de edad que en Ixtlán, y que ostentaba ya los cinco galones de teniente coronel; pero como compensación hartamente considerable, sufría cruelmente con la peregrinación que al través de sus entrañas hacía la bala recibida en Ixcapa; además, pasaba los días y las noches temblando de fiebre, pues el paludismo había hecho fácil presa de aquel cuerpo debilitado por las hemorragias, las privaciones y la fatiga. En tal situación tenía que batirse casi á diario y, lo que era peor, debía evitar las asechanzas de *los patricios*, que disparaban escondidos tras los matorrales; debía guardarse del puñal y del venenoso *camotillo* que, según es fama, deja imbéciles ó mata á quienes le comen disimulado en traidora golosina; y debía en fin y sobretodo, cerrar ojos y oídos, como el prudente Ulises, á las provocaciones de las sirenas zapotecas, bellas estatuas de bronce palpitante y tan pérfidas

como bellas, pues que con sus halagos dieron cuenta casi de tantos soldados como las balas de los fanáticos *patricios*.

Todo lo venció el Teniente Coronel Díaz, á todo se hizo superior, lo mismo al enemigo leal que á la enfermedad, y á la traición y al placer.

Mas no se contentaba con triunfar como soldado: no le bastaba derrotar al enemigo y someterlo por la fuerza, como lo hacían los demás campeones de la Reforma. Sentía y comprendía que esto no era vencer sino á medias, y que el adversario no duraría sometido sino mientras pesara sobre su cerviz el pie del vencedor. Por eso intentó lograr algo más grande, algo más noble y duradero: convencer al rebelde, demostrarle las ventajas del credo y del régimen políticos que otros se limitaban á imponer á sangre y á fuego y, por ende, á hacerlos odiosos; quería, en suma, ganar á los recalitrantes y decidir á los tímidos haciéndoles bien y ofreciéndoles bienestar y garantías, únicos medios lógicos y eficaces para reorganizar una sociedad con los elementos disueltos de otra, y para prestigiar un sistema político extraño y sin raíces todavía.

De esta manera fue como entre combate y combate, entre terciada y terciada, inició en Tehuantepec el Teniente Coronel Díaz, cuando aun no tenía treinta años, la inmensa, la genial obra de crear la nacionalidad mexicana, por el orden, por la unión y por el respeto de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones del hombre en sociedad; obra titánica que ha tenido la fortuna de completar en la actualidad, entre el asombro y el aplauso de todo el mundo civilizado.

Para ello comenzó por moralizar y educar al Ejército, porque comprendió que sin fuerza pública honrada y obediente, no puede haber orden, garantías, ni estabilidad social. Con tal fin y como medio el más adecuado, procuró en Tehuantepec, lo mismo que en Ixtlán, que jamás le faltaran al soldado el prest ni el rancho; prefería que les faltaran á los oficiales y á él antes que á todos. Mas tampoco á éstos descuidaba; y no alcanzando el dinero de que disponía, organizó la comida de la oficialidad en común, en familia, digámoslo así, de la que él era jefe nato para participar de las escaseces y proveer á las necesidades.

En otro orden de economías, estableció una maestranza para reponer el armamento y fabricar parque. Como Gobernador reorganizó las escuelas y las proveyó de maestros y de útiles. Persuadido

por la personal y dolorosa experiencia, de la necesidad de sanear aquel suelo pantanoso, semillero de fiebres, sin vacilar emprendió el drenaje de Tehuantepec. ¡Sanear una ciudad hostil y en estado de sitio! ¿Quién lo ha hecho? Después de saber esto, no cabe ya admirarse de que cuarenta años después haya logrado poner la última piedra en las obras del Desagüe del Valle de México; obras que la poderosa España apenas pudo comenzar en tres siglos, sin legarnos un proyecto útil siquiera.

Y todavía le sobraba tiempo al joven gobernante de Tehuantepec para auxiliar al Gobierno federal, después de cumplir sus propias obligaciones; y le sobraba, porque el orden multiplica la fuerza, el tiempo, el dinero, la vida, todo.

Al día siguiente de que le extrajeron la famosa bala errante que le atormentó varios años—lo dijimos ya—se levantó de la cama y montó á caballo para proteger el paso á través del Istmo, desde Minatitlán hasta la Ventosa, de un gran convoy de armas y municiones que el Gobierno federal esperaba con ansia y que sin el heroico y activo Gobernador de Tehuantepec, habría caído en poder de la reacción.

Seis años después de estas hazañas administrativas poco sabidas y narradas á vuela pluma, el protagonista de ellas era ya General de División y acababa de realizar su atrevida evasión del Convento de la Compañía.

¿A dónde va, qué piensa hacer para salvar á la patria que en esos momentos apura las heces del cáliz amarguísimo que le han dado á beber sus propios hijos y parece no tener esperanzas de redención?

Por nombramiento del Gobierno legítimo de la República, que estaba confinado en Chihuahua y reducido á un símbolo, el General Díaz era jefe del Ejército de Oriente y tenía mando, es decir, derecho de mandar sobre casi media nación. Pero ¿dónde estaba ese ejército, de cuántos hombres constaba y con qué elementos disponía? El tercer Ejército de Oriente (el primero fué destruido en Puebla, el segundo en Oaxaca), constaba de nueve rancheros bravos, semidesnudos, sin armas y perdidos en una quebrada de las sierras strianas. Poco después se le unió Alvarez Cano con ciento cuarenta hombres.

Mejor: cabalmente esto era lo que aquel general sin soldados necesitaba para realizar su pensamiento. La traición y la ineptia le habían mostrado harto á fondo la profunda desmoralización del antiguo ejército, y le habían convencido de la imposibilidad de regenerarlo: había que crearlo. Y á esta empresa, sobrehumana en aquellas circunstancias, se dedicó con el entusiasmo del que por fin va á poner mano en la obra más grande de su vida.

Respecto de este asunto y estando aún en la prisión, le escribía á su hermano Félix que peregrinaba por los Estados Unidos, procurando armas y recursos para el ejército por crear:

«Se trata de obtener..... armas y algunos fondos para hacer la guerra *sin exigir mucho de las pequeñas poblaciones.....*»

He aquí el dedo puesto en la llaga: no más exacciones; ligar la sangría suelta que agotaba á la patria. Salvadora idea genial, demostrativa de que la suprema habilidad es la honradez.

Hasta entonces nadie había dudado del derecho de las tropas vencedoras, vencidas ó simplemente en marcha, de entrar en son de conquista en ciudades, poblados y haciendas, y tomar de grado ó por fuerza todo lo necesario como dinero, provisiones, armas y alojamientos; y también lo innecesario, como el honor de las mujeres y la vida de los rehacios á dejarse despojar. Y todo esto lo hacían indistintamente tirios y troyanos, verdes y rojos, preciso es confesarlo. La consecuencia lógica y natural era que los habitantes pacíficos odiasen y temiesen tanto á unos como á otros, y que siéndoles indiferente ser asesinados, robados y deshonrados por los *puros* ó por los *mochos*, y no hallando protección ni garantías en ningunos, á todos auxiliasen espontáneamente para evitarse mayores males. Esta era la razón evidente de que la guerra fuese interminable; pero á pesar de la simplicidad de la observación, nadie había sabido hacerla ó, por lo menos, aprovecharla. ¡El eterno huevo de Colón!

Luego la clave del problema consistía en asociar los intereses de los habitantes pacíficos á los del ejército nacional, y en procurar que se apoyaran y auxiliaran recíprocamente. Para esto, nada mejor que crear un ejército respetuoso del derecho ajeno. Pero qué energía, qué actividad, qué prestigio y qué moralidad se necesitaban para llevar á cabo tamaña empresa. Sin embargo, todo dependía de los primeros pasos.

De un puñado de hombres constaba el Ejército de Oriente cuan-

do libró su primer combate contra la guerrilla traidora que mandaba Visoso y que estaba acantonada en un poblacho suriano llamado Tulcingo. Venció el incipiente ejército; cosa relativamente fácil. Pero obtenida la victoria, la tropa se apoderó según costumbre, de tres mil pesos en oro que abandonaron al huír los vencidos; y se disponía también, por hábito, á entrar á saco el poblacho.

Entonces comenzó la obra del pacificador. Formó á la tropa y le prohibió el saqueo, por prontas diligencias; en seguida exigió la devolución del dinero recogido, que explicó ser de la Nación. ¿La Nación? Nadie conocía allí á esa buena señora; en cambio, todos estaban contestes, conforme á la teoría de Sancho Panza, en que el oro lo había perdido Visoso y debía ser de quienes lo habían hallado. Aquí de la habilidad y del prestigio del caudillo: ora persuadiendo, ora imponiéndose, logró recobrar el dinero, y en el acto lo puso formalmente en manos del primer pagador militar que tuvo la República, que lo fue el Sr. Manuel Guerrero. Bueno es hacer constar de paso, que la creación de esta clase de funcionarios de hacienda, independientes del Ejército, puso fin á muchos abusos que solían terminar en levantamientos y cuartelazos.

Así fue creado el Ejército Mexicano, el que debía vencer en todas partes desde entonces y dejar tras sí una estela de honor y de gloria, desde el oscuro Tulcingo, hasta la capital de la República, después de libertarla del invasor.

* * *

Rasgo notabilísimo del genio organizador del Gral. Díaz fue la fundación de la *Academia de Niñas* en la ciudad de Oaxaca, allá por Noviembre del 66, cabalmente en los momentos en que más comprometidos se hallaban el patriotismo y el honor militar del caudillo en perfeccionar la organización del tercer Ejército de Oriente, para ponerle en condiciones de medirse con las grandes fuerzas extranjeras y traidoras que ocupaban el centro político de la nación, y dar fin á la siniestra farsa imperialista.

La inmensa trascendencia social de esa fundación puede resumirse diciendo que en la Academia de Niñas se ha educado liberalmente la mayoría de la juventud femenil oaxaqueña de todas las generaciones que se han sucedido en estos cuarenta años; y que á partir de la época en que ese instituto se convirtió en Escuela Normal, de ella han salido y siguen saliendo las maestras encarga-

das de educar á la niñez de su sexo en las escuelas primarias del Estado.

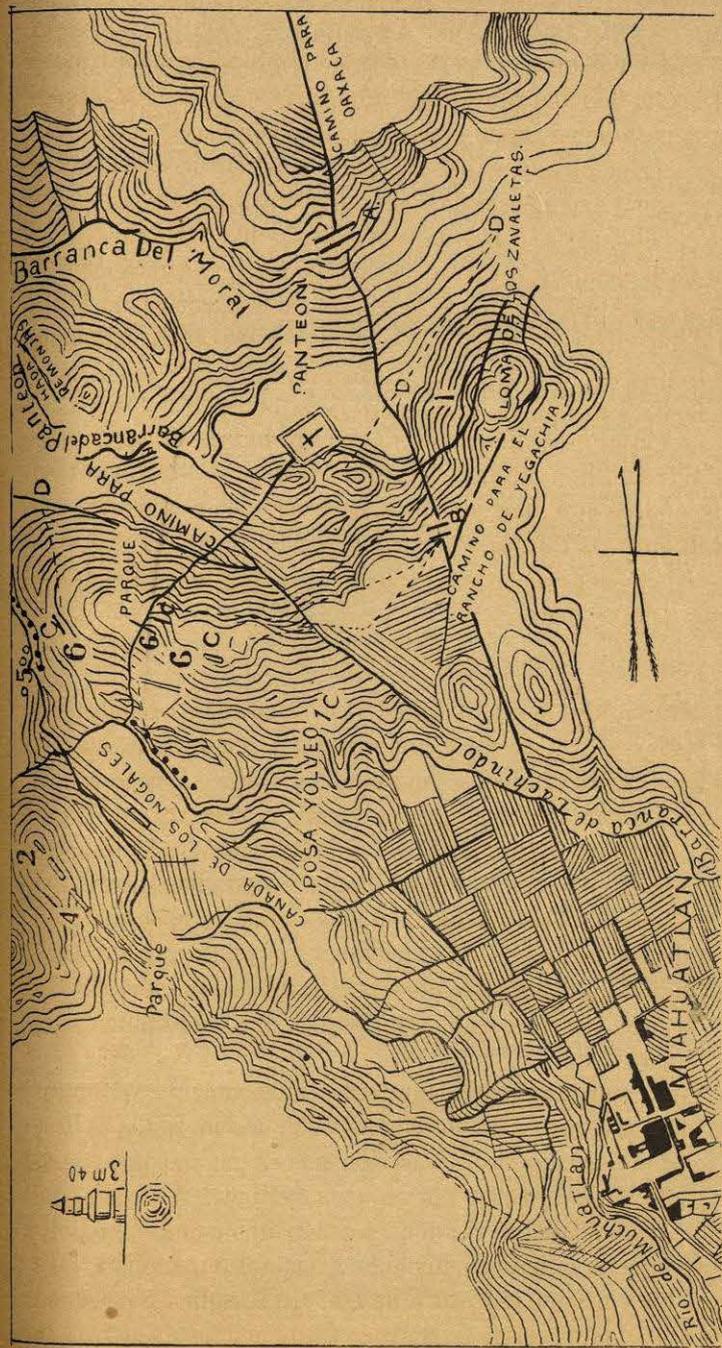
Este hecho patentiza la perfecta y admirable intuición que el Gral. Díaz ha tenido siempre de que no basta vencer en los campos de batalla para poner punto á las contiendas políticas; y consecuen- te con este principio que él había llegado á descubrir y comprobar por su personal experiencia de observador fino y perspicaz, apenas recuperó la capital de su Estado natal, á raíz del espléndido triunfo en la Carbonera, no obstante las gravísimas preocupaciones de la campaña, su primer cuidado fue completar y afirmar para lo futuro la doble victoria, adueñándose también del alma femenina para redimirla de la ignorancia y convertirla de este modo en la más poderosa y fiel aliada de la causa de la libertad.

Gracias á tales procedimientos, no sólo victorias militares cose- chó ese Ejército, hoy garantía firmísima de la paz; obtuvo también triunfos morales aun más preciosos: por doquier se le recibió con palmas durante la campaña y siempre encontró apoyo y auxilio espontáneo en las poblaciones, lo cual fué el secreto de sus éxitos y el venero de su fuerza.

Para dar una idea de la disciplina y del respeto á las autorida- des y á las leyes de la guerra, que normaban la conducta de las tropas del Gral. Díaz, citaremos un notable ejemplo, que hace aun más gloriosa la victoria alcanzada en Puebla el 2 de Abril de 67.

Según costumbre, el Gral. Díaz dió previamente á los jefes de co- lumna, ante un plano de la ciudad sitiada, instrucciones muy pre- cisas y severas, á fin de que bajo su más estricta responsabilidad cuidasen de que las tropas concurrieran á los puntos fijados en el plan de asalto, sin dispersarse por las calles y, sobre todo, sin co- meter tropelías ni excesos de ningún género, que se prohibían bajo pena de muerte.

Con tanta exactitud fueron cumplidas estas órdenes, y tan sa- grado era el hogar para aquellos dignos soldados de la República, que al consumarse la toma de la asendereada «Zaragoza» mexicana, se le presentó al Gral. Díaz el joven oficial Miguel Alatríste, que por accidente mandaba un pelotón, participándole que en la Boti- ca de la Carnicería se había refugiado el General imperialista Tru- jeque, traidor y asesino del padre de ese oficial, quien no por eso allanó la morada que servía de amparo á su enemigo, sino que se



Plano estratégico de la importantísima batalla de Miahuatlan, ganada por el Gral. Díaz á los imperialistas, el 3 de Octubre de 1865.

Los rectángulos claros con números, representan á los republicanos, y las líneas negras con letras, á los imperialistas. 1. Primera posición del Gral. Díaz.—2. Segunda posición del Gral. Díaz.—3. Primera posición de los republicanos.—4. Segunda posición de los republicanos.—5. 6. Avance de los republicanos.—A. Primera posición de los imperialistas.—B. Segunda posición de los imperialistas.—C. Posición final de los imperialistas.—D. Dispersión de los imperialistas.—E. Posición superior representada el monumento conmemorativo levantado sobre la loma contigua. Esta victoria fué la primera de la serie de triunfos decisivos que obtuvo el III Ejército de Oriente y que terminó con la toma de la capital de la República.

limitó á rodearla de centinelas y á rendir el parte correspondiente al Jefe del Ejército. Entonces dió orden el Gral. Díaz de que fuera sacado Trujeque de su escondite y ejecutado en forma legal.

Hay algo más notable: el jefe de aquel Ejército, que nunca cometió exacciones ni atropellos y que llegó triunfante á la capital, bien alimentado y equipado, pudo todavía entregar al Supremo Gobierno ¡ciento cincuenta mil pesos sobrantes en la caja del Cuartel General! En tanto otros jefes veían impotentes perecer de miseria á sus soldados, á pesar de los saqueos y de los préstamos forzosos. La lección es provechosísima, sobre todo por el contraste con la conducta de los demás. Era entonces tan inesperado é increíble que un general en campaña tuviera ahorros, que cuando Don Benito Juárez llegó á México, estando exhausto de recursos el Gobierno, según costumbre ya tradicional, preguntó al victorioso Jefe del Ejército de Oriente si podía proporcionarle algún dinero. El Gral. Díaz, que ya había socorrido con sus fondos varias veces á las tropas que llegaron con el Gobierno, contestó que sí.

—¿Tendría usted diez mil pesos?—aventuró Don Benito creyéndolo difícil; y fué gratísima su sorpresa al saber á cuánto ascendía en realidad el tesoro del aguerrido Ejército. Con esos fondos pudo Juárez cubrir las más urgentes atenciones públicas y recompensar los servicios de ciertas personas allegadas á él, entre las cuales cumple decir que no figuró el que había economizado aquel dinero á costa de tantos esfuerzos y cuidados.

Un hecho poco sabido, pero muy digno de publicarse, dará idea de la extraordinaria probidad y pureza administrativa del Gral. Díaz. Al terminar su primer período presidencial, el hombre que había tenido á su disposición grandes caudales públicos, el pacificador de la Patria, se vió obligado á pedir prestados al Banco Nacional ¡ochocientos mil pesos! para acabar la construcción de su casa de Humboldt; y hubo consejeros que votasen en contra de la solicitud de quien había creado la situación á que el Banco debe su prosperidad. Pero uno de aquellos, Don Juan Llamado, español de origen, se levantó indignado y dijo que se diera inmediatamente la cantidad pedida; que él se hacía responsable de que sería fielmente pagada, como en efecto lo fué, y que no podía permitir que se pusiera á discusión por ningún motivo la solvencia del señor Gral. Díaz.

Si todos los mexicanos pusiésemos en nuestra vida y en nuestras acciones, un destello del espíritu de orden y de probidad á que el Gral. Díaz ha debido sus más preciados triunfos en las grandes empresas que ha acometido y llevado siempre á feliz término, no sólo labraríamos seguramente nuestra propia felicidad, sino que contribuiríamos en mucho al engrandecimiento de la patria.

X

ENERGIA, JUSTICIA Y CLEMENCIA

«SUAVIDAD EN LAS MANERAS.

FIRMEZA Y RECTITUD EN LOS PRINCIPIOS.»

El hombre débil de carácter no sólo es incapaz de crear su propia fortuna y su personal felicidad, sino que hará indefectiblemente desgraciados á cuantos le rodeen y les arrastrará en su ruina. Puesto que la vida es lucha cruenta y perenne, y en ningún género de combate puede vencer la debilidad, es evidente que nadie triunfará sin energía en la vida.

Pero la energía que no se hace amable por la bondad, ni respetable por la justicia, es repugnante, es odiosa, deja de ser virtud humana y se rebaja á instinto de fiera. Los hombres enérgicos que desconocen la generosidad y la tolerancia, pisotean al humilde y todo lo sacrifican al logro de sus ambiciones; triunfarán y llegarán á dominar, pero atrayendo sobre sí la execración general; se harán temer, pero no amar, y empañarán su obra, por grande y útil que sea, con el hálito emponzoñado de los rencores que provocaron.

Lo hermoso, lo admirable, lo digno de imitación, es la energía de aquellos seres privilegiados que han sabido proteger al débil, tender la mano al caído, guiar al que se extravía, sostener al que

desfallece, convencer al que duda, perdonar las pequeñeces y con- temporizar con la flaqueza humana; y al mismo tiempo, ser inexorables con el perverso y con el traidor que no ofrezcan esperanza de redención. Los hombres que de tan noble y humana manera emplean su energía, aparte de realizar empresas que parecen por su magnitud extrahumanas, conquistan el amor, la gratitud y la veneración de sus contemporáneos y de la posteridad; y si ya no es dado que, á través de la leyenda, se conviertan en profetas ó en semidioses, la historia les da en cambio imperecedero y más sólido renombre.

De esta especie excepcional y ejemplar es la energía del regenerador de México; y á esa energía, templada por la bondad y la tolerancia y ennoblecida por la justicia más pura y más impersonal, debemos la creación de nuestra nacionalidad, que hace cuarenta años estaba en embrión y corroída por la gangrena de la discordia y que hoy es sana, vigorosa y va en rápido crecimiento.

En aquella época tremenda, no fueron por cierto las energías las que faltaron; pero como la del temible Padre Miranda, como la de Gutiérrez Estrada ó como la del sanguinario Márquez, ó defendían intereses mezquinos, ó andaban extraviadas, ó se deshonraban por el crimen y la crueldad. Como todo extremo es vicioso, la energía de Juárez, por inflexible no era humana y, por tanto, era incapaz de llevar á cabo la obra de conciliación y de amor, sin la cual la vida de la patria hubiera sido imposible y lo fué de hecho, mientras no hubo quien supiese ser «suave en las formas, firme en los principios.»

Busquemos en los hechos del General Díaz el ejemplo que debemos imitar para ser enérgicos sin hacernos odiosos.

Vimos ya en otro capítulo cuál fué su labor administrativa en el gobierno de Tehuantepec y cómo devolvía beneficios á cambio de asechanzas y ataques. Vamos á ver ahora qué procedimientos empleó para hacer triunfar moralmente su causa entre los entonces fanáticos istmeños.

El General Díaz Ordaz, Gobernador del Estado de Oaxaca y primo del en esa época Teniente Coronel Díaz, es decir, su superior militar y civil, le escribió en carta particular, durante esa campaña: «Si fusilas otros *patricios*, te haré procesar.» Respuesta: «Puedes hacerme procesar desde luego, porque si aprehendo á otros en circunstancias semejantes, los pasaré por las armas..... Ye he perdonado á algunos y toman mi indulgencia por miedo.»